

¿Tiene que morir la Teología de la Liberación?

Nelson Medina, O.P.

1. Una distinción inicial

El término "Teología de la Liberación" (TL) evoca dos cosas diferentes que es bueno distinguir.

Para sus iniciadores o primeros propulsores aludía a un ejercicio que une la experiencia eclesial con la reflexión académica. La Iglesia es vista aquí no como un implante sino como una planta, es decir, no como la sucursal de una multinacional eclesial sino como una realización local, humilde y real de la vida del Evangelio, asumida por sus destinatarios propios: los pobres. La célula en que todo ello sucede es llamada a menudo "Comunidad Eclesial de Base." En este sentido, el término "liberación" no se refiere solamente a lo económico aunque por supuesto lo asume.

Para el Magisterio de la Iglesia, en cambio, la TL alude a otras dos cosas: en primer término, un modo de análisis social, de corte esencialmente marxista aunque con un discurso bíblico de construcción liberal-progresista; en segundo término, y por clara oposición al primero, un capítulo de la Doctrina Social de la Iglesia; vale decir: puesto que es una flagrante contradicción que se predique el Evangelio en una sociedad plagada de injusticias que se declara cristiana o católica, es preciso hacer resonar las consecuencias que trae para la moral social el mensaje de Jesús de Nazareth y también la vida nueva que él trajo a esta tierra.

Es evidente que ese segundo modo de entender la TL facilitaba en realidad lo que de hecho sucedió por lo menos en América Latina: el rápido olvido de las intuiciones, métodos y espiritualidad propios de las Comunidades de Base.

Tenemos entonces tres cosas distintas relacionadas con una misma expresión, "Teología de la Liberación." Una se refiere a lo que querían sus iniciadores y las otras dos a lo que fue denunciado y luego propuesto o impuesto por las autoridades eclesiales correspondientes.

2. El problema del análisis marxista

Yo quiero decir, para evitar malos entendidos, que considero perfectamente razonables y justificados los reparos del Magisterio. El recurso al análisis marxista como lectura prácticamente única de la sociedad condujo a que se considerara que lo único "real" era lo que podía aparecer en estadísticas, ser medido a través de indicadores económicos y ser evaluado por expertos en sociología. Si esto no parece todavía demasiado artificial frente a los textos de la Escritura, pensemos en lo que es introducir términos como "concientizar" u "organizar" a los pobres.

No faltaron, en efecto, liberacionistas que consideraran que su fidelidad al evangelio era lograr que los pobres fueran "sujetos" de su propia historia. Con fundamento en qué testimonio de los apóstoles, todavía no se sabe. El "agente de pastoral," según esta visión, sería una especie de "facilitador" para que el pueblo sea protagonista de su transformación y en realidad de su misma "liberación." Es decir, pelagianismo colectivo a la orden del día.

Uno se pregunta cómo se puede hacer tan completamente a un lado la Biblia. La respuesta es que este método marxista de lectura de la "realidad" se apoya en una lectura de tipo "liberal" de los textos bíblicos. Según esta postura, la Iglesia sería el resultado de lo que sucedió cuando se "reinterpretó" la vida de Cristo en el seno de la comunidad post-pascual.

3. La hermenéutica liberal de la Biblia

Quien tiene el protagonismo en la versión liberal de la Escritura es la comunidad. Es ella quien, a la luz de los recuerdos más o menos fragmentarios de quienes habían tratado directamente a Jesús (el Jesús histórico), recompone una especie de "Manifiesto," en más de una versión, por supuesto. Tal sería la base de los evangelios. (Un razonamiento parecido se aplica proporcionalmente a toda la Biblia).

Esta comunidad post-pascual descubre unos acentos peculiares en la vida de Cristo: servicio, amor fraterno, liberación del oprimido, atención al que no cuenta, todo ello en clave de liberación del yugo de la ley con sus formalismos y de alegría por el nacimiento de una realidad nueva que tiene nombre propio: el Reino de Dios.

Esta comunidad tenía que entrar necesariamente en conflicto con quienes detentaban el poder en sus diversas formas, pero sobre todo con quienes se consideraban dueños de la verdad o quienes tenían posiciones de privilegio. Entre estos hay que nombrar a los herodianos y sobre todo a los saduceos, que, en cuanto eran familias sacerdotales, resultaban directamente amenazados por la predicación de un modo de vida y de amor fraterno en el que esas distinciones ya no cabían.

Puestas así las cosas, la persecución vino a marcar la vida de aquellas primera comunidades. Hombres y mujeres de una coherencia ejemplar prefirieron entregar su sangre antes que dar marcha atrás. Movidos por el testimonio de Jesús, vendrían a ser los primeros en una larga lista que alcanza hasta nuestros días. Son los mártires.

Porque hay que saber --propone esta versión de Iglesia-- que no han faltado a lo largo de los siglos quienes vuelvan con admirable obstinación a la causa de Jesús, que se ha fusionado ya para siempre con la de los pobres y excluidos. En ellos y ellas, los testigos humildes y alegres de todos los siglos, se puede todavía sentir el aroma de Galilea y el ritmo del Pobre de Nazareth.

Para esta lectura liberal no es necesario que Cristo sea Dios, ni que haya resucitado, ni que haya hecho milagros o expulsado demonios. Herederos del proyecto de "desmitologización" de Rudolf Bultmann, los teólogos de corte liberal, sean o no de la TL, consideran más o menos como superfluo todo lo que no sea racionalmente explicable. Si para Bultmann y el ambiente europeo esto debía servir para acercar los textos a la racionalidad científica propia del europeo promedio, para los liberacionistas la eliminación de lo sobrenatural debía ayudar a que toda la atención se concentrara en los valores del Reino, por una parte, y los esfuerzos comunitarios por hacer de ello una realidad, por la otra.

4. ¿Qué muere si muere la TL?

Decíamos en los primeros párrafos de estas reflexiones que una de las consecuencias de las intervenciones del Vaticano en referencia a la TL fue "el rápido olvido de las intuiciones, métodos y espiritualidad propios de las Comunidades de Base."

Si uno mira la TL como un modo de abordar la cuestión social, que fue la óptica de los documentos del Vaticano en su tiempo, lo único salvable de la TL parece ser el amor por los pequeños y oprimidos, pero en términos de desarrollo teórico o

académico nada se esperaría ahí más allá de una cierta profundización o énfasis en la Doctrina Social de la Iglesia.

Aunque hay mucho que criticar de los métodos de la TL y por ello en lo personal he sido muy crítico con esos métodos y sus resultados, no cabe duda para mí de que la TL es más que un subcapítulo de la Doctrina Social de la Iglesia. Lo nuevo en la TL no es la pobreza como tema sino la pobreza como "lugar teológico." No es simplemente decir: "vamos, pues, a ocuparnos de los pobres" sino "cómo se lee el Evangelio desde los ojos de los pobres." Por lo mismo, no es solamente: "A ver cómo hacemos para que Cristo llegue a ellos" sino "de qué manera está Cristo llegando a nosotros desde ellos."

Una cosa es descubrir a Cristo como alguien afrentado por la injusticia, y esto es cierto, porque "lo que hicisteis a uno de mis humildes hermanos a mí me lo hicisteis" (Mt 25). Otra cosa es descubrir a Cristo para servirlo en los pobres, según los mismos textos. Y una tercera cosa es permitir a Cristo que se revele en los pobres y desde ellos nos salga al encuentro: no tanto decir que somos capaces de verlo sino que él nos ha encontrado.

La TL, como todo camino teológico genuino, desemboca en una mística, como lo ha hecho ver Gustavo Gutiérrez. En este caso es la mística de quien se ha sentido alcanzado por la humillación, por el abajamiento de Cristo. Es el descubrimiento asombroso de la sabiduría que no es de este mundo (1 Cor 1 y 2) y del poder de lo que sólo parece necesidad y escándalo. Es, en fin, la conciencia agradecida del don de leer la Palabra en un contexto que podríamos llamar de "sacramentalidad social."

5. La "Liberación" de Europa

Es curioso comprobar que, mientras que en América Latina decrece el interés por la primera versión de la TL, en Europa este interés no parece decrecer sino que más bien toma nuevos ejes y se escribe en nuevas claves: ecologismo, feminismo, espiritualidad agnóstica. El camino que ha seguido Leonardo Boff, especialmente después de retirarse de su comunidad religiosa, podría considerarse representativo de esa tendencia en la que los pobres "económicos" no son ya el centro único ni quizá preferencial.

Claro que uno siempre puede preguntarse si la TL fue latinoamericana alguna vez. Mi experiencia como estudiante colombiano de teología fue que las ideas para liberarnos siempre venían de otros países, sobre todo de España. No es del caso

decir nombres, pero muchos de mis profesores, tanto en Santo Domingo como en la Javeriana, o eran europeos o habían sido formados en Europa. A veces creo que en realidad las cosas fueron como un inmenso montaje, en el sentido de que muchos europeos nos hacían sentir que sólo seríamos latinoamericanos si reivindicábamos a la manera europea y con ideas europeas lo que decía Roma. Lo indígena y lo popular fueron en buena parte un pretexto, como suele suceder en todas las revoluciones: las carencias de los pobres son las razones de la revuelta pero no el programa de los vencedores.

Si esta teoría es correcta, habrá que decir que la TL avanzó desde Europa, fue frustrada en Latinoamérica y ha retrocedido entonces a su matriz original siguiendo con mayor o menor fidelidad las azares de la izquierda política: si antes era preciso ser marxista para ser de izquierda, pues eso fueron los teólogos de la liberación de hace veinte años. Si ahora en cambio la izquierda dicta que hay que dar un tono "rosa" a los discursos y defender las causas del homosexualismo o los experimentos mentales de la nueva Era, pues, ¡a ello!

Este teología servil, esta *Theologia ancilla sinistrarum*, no creo yo que pueda dar buen fruto. De la antigua y beligerante TL poco le queda, salvo el recelo frente a todo lo que sea autoridad eclesiástica. Estamos frente a teólogos y teólogas que prefieren pactar la fe y negociar el credo de los apóstoles con tal de no romper su voto de obediencia a la Izquierda. No es mucho lo que puede nacer de ahí.

Y sin embargo, seguimos necesitando una genuina Teología de la Liberación, así su primera tarea sea la de liberarnos de muchos teólogos.

6. ¡Que viva la Liberación!

"Para ser libres nos liberó Cristo," afirma Pablo en su Carta a los Gálatas. La liberación no es un tema accesorio en el conjunto de la Biblia. No considero que pueda equipararse en su fuerza evocadora a una redención sólo "interior." No equivale tampoco a una transformación social. No es lo mismo que un programa de gobierno, una filosofía sobre el hombre o un modo de construir la sociedad. No es, en fin, algo que pueda reducirse a la vida presente pero tampoco es un escape hacia el más allá o un pretexto para descuidar las tareas del hoy.

El aporte nuevo, pienso yo, es este: Cristo está "ya" presente en el pobre, por voluntad suya y no del pobre o de nosotros (sea que nos miremos como creyentes o como teólogos). Desde esa presencia escondida pero realísima, nos enseña a

leer la historia en clave de salvación y conserva viva la tensión propia de las bienaventuranzas como corazón del Evangelio y de la Revelación entera.

A la vez, este Cristo, que desde allí es Señor, está de algún modo puesto en nuestras manos y confiado a nuestro cuidado, de modo que nos va guiando en la lectura de la Palabra pero a la vez va retratando en su rostro, que es el de sus pequeñitos, las consecuencias de nuestras pensamientos, palabras, obras y omisiones. Así, su rostro maltratado o reconfortado retrata no sólo qué pensamos sino también en qué creemos realmente y quiénes somos. Teoría y praxis son sencillamente inseparables.

Así como el Crucificado no dejó de ser Mesías sino que la Cruz le consagró y él consagró a la Cruz, así también Cristo no deja de ser Señor cuando nos saluda desde su pobreza en los pequeños de esta tierra ni deja él de bendecir esa pequeñez y de mostrarla como camino único de acceso al Reino.

La "antigua" TL pecó cuando pensó que bajar a Cristo de la Cruz era un acto de humanitarismo. Es humano quitarle la Cruz a Cristo pero es, en palabras de Nietzsche, "demasiado humano." Él la tiene porque la ha buscado, y la ha buscado como abrazo a todos los crucificados. No es que la haya amado por sí misma sino como pacto de secreto de amor con todos los que han sido clavados a sus propias cruces, y esto incluye niños abortados, enfermos terminales, perseguidos y adictos, prisioneros y desterrados, mujeres prostituidas y familias explotadas, por nombrar sólo algunos ítems de su larga lista de amores.

Como lógico desarrollo de la primera TL, la "nueva" TL, que es un fenómeno más bien marginal y europeo a pesar de lo que diremos de inmediato, quiere apostar por soñar y construir un mundo sin excluidos, y por eso se esfuerza en que la Iglesia y la teología sean lugares donde quepan todas las clases sociales, todas las opciones sexuales e incluso todas las religiones. Mas el defecto de este esquema remozado sigue siendo que la Cruz queda sin su lugar propio. En el fondo no hay avance en eso.

Una genuina Teología de la Liberación habrá de tomar en serio la Cruz y no sólo a los crucificados. Asumirá la presencia cuasisacramental de Cristo en los pobres y anudará ortodoxia y ortopraxis de un modo sólo comparable al de la Alta Patrística. Mirará con distancia todo triunfalismo y desdeñará en silencio las propuestas que tengan aroma de odio, de rebelión sistemática frente a la autoridad, o de agnosticismo cómodo. Avanzará con gozo y con prisa pero también con prudencia y cierto pudor, sabiendo que su tesoro propio es la Sangre del Hijo de Dios, vertida para nuestra salvación.